

SUMARIO

La ocupación de «Mar Chica».—Las últimas campañas coloniales.—Recuerdos de Alemania, por Carlos Requena, capitán de ingenieros.—Unas cuantas herejías, por Fernando Ruiz y Feduchy, capitán de artillería.—El arte de apretar el gatillo, por el capitán Subrio Escápula.—La artillería de campaña en la Manchuria.—Bibliografía.

BIBLIOTECA

Pliego 8 de **Memoria sobre el Curso especial de tiro de infantería**, por D. Enrique Crespo Cordón, primer teniente de infantería.

Pliego 4 de **El cañón de tiro rápido y la instrucción de la artillería**, por el capitán Le Rond.

Pliego 4 de **Nueve meses en el ejército alemán**, por D. Carlos Requena y Martínez.

Pliego 53 de **Geografía Universal**, por D. Luís Trucharte y Villanueva, comandante de Infantería.

LA OCUPACIÓN DE «MAR CHICA»

Cumpliendo órdenes del Gobierno de S. M., una parte de la guarnición de Melilla ha procedido á la ocupación del territorio llamado «Mar Chica», evacuado recientemente por las tropas imperiales marroquíes.

La ocupación se ha llevado á cabo sin protestas de las demás naciones, y ha sido una obra realizada con la más exquisita corrección y dentro del espíritu de los tratados internacionales vigentes. No nos ha llevado allí el deseo de conquistas, ni el desapoderado afán de extender nuestros dominios, ni una política guerrera, agresiva ó demasiado impulsiva. Tenemos derecho á vivir tranquilos y en paz en nuestros territorios; y cuando el vecino nos obliga, con sus insensateces y perpétuas discordias, á permanecer arma al brazo y nos mantiene en perenne estado de alarma, justo es que adoptemos las medidas más adecuadas para restablecer la normalidad en nuestra casa, y mucho más habiéndose declarado el Sultán impotente para cumplir el elemental deber de no permitir que las disensiones de sus súbditos repercutan en nuestras posesiones.

Largos años hemos permanecido en Melilla reducidos casi á la estrechez de una plaza sitiada; la zona fronteriza era aprovechada unas veces por los moros leales al Sultán y otras por los rebeldes, como escudo y protección cuando se veían en trances apurados; había llegado á ser peligrosa la aproximación de nuestros nacionales á los límites de nuestro campo; y éste era el refugio de la morisma, la cual, sin embargo, distaba mucho de ofrecernos una mediana compensación. Estábamos pues en el

caso, sin salirnos de la corrección, de hermanar la energía con la prudencia, de poner término á lo que se estimaba como debilidad, y de proveer por nosotros mismos á nuestra seguridad propia. De aquí la ocupación de «Mar Chica». No vamos en busca de aventuras, pero en apoyo de nuestro derecho iremos á donde sea necesario, sin otra limitación que los derechos ajenos y los compromisos internacionales.

No nos entremetemos en las audacias que tienen lugar en las fronteras terrestres y marítimas del imperio marroquí; ni nos mueve el deseo de observar de más cerca lo que acontece en el Muluya, ni siquiera nos espolea la voluntad el afán de aproximarnos á ese río. Nos limitamos á mantener con firmeza nuestros derechos.

Nadie puede predecir lo que sucederá, ni cómo terminarán los asuntos de Marruecos que cada día se presentan más nebulosos. La conducta, digna y prudente de nuestras tropas en Casablanca, es garantía de que no perderemos la serenidad, y que nos mantendremos tan alejados de impremeditaciones belicosas como de la pusilanimidad y apocamiento de ánimo.

Saludemos á nuestros hermanos de «Mar Chica», y abriguemos la convicción de que si las circunstancias lo hacen necesario se ajustarán, sin reparar en sacrificios, y dentro de las órdenes recibidas, á la conocida divisa alemana:

¡Con Dios, por la Patria y por el Rey!



LAS ÚLTIMAS CAMPAÑAS COLONIALES

(Á PROPÓSITO DE UN LIBRO NOTABLE)

De cuantos sacrificios, verdaderamente inmensos, tanto físicos como morales, la guerra de Cuba impuso al ejército, el mayor sin duda alguna fué y sigue siendo la silenciosa abnegación con que soportó y continua soportando el peso de culpas ajenas y el juicio, profundamente equivocado, de una parte de la nación. Han transcurrido los años sin que el ejército haya obtenido la reparación debida; poco le costaría vindicarse, pero su acendrado patriotismo, por desgracia poco comprendido, le mueve á callarse resignadamente, en espera de que otra generación saque á luz lo escondido, ilumine las tinieblas del pasado y reparta con espíritu equitativo y justiciero las responsabilidades, sí, pero también las glorias.

No es posible juzgar las últimas campañas coloniales sin que á la vez el escarpelo de la crítica revuelva despiadadamente el sombrío cuadro de la sociedad española en las postrimerías del pasado siglo. Pero esta labor, para conducir á provechosos resultados, necesita ser desapasionada, y ello requiere, dado nuestro estado, que las cenizas de los que aún vivimos se confundan en el osario común de la madre tierra con las de

aquellos mártires de la guerra, heridos unos por el plomo enemigo y las ponzoñas del clima tropical, y caídos otros bajo la pesadumbre de amargos desengaños y mortales desilusiones.

Si fuéramos un pueblo moralmente fuerte, tal vez se anticipara la hora solemne de la reparación. Pero no lo somos; y, ateniéndonos á la realidad, nos es forzoso aplazar el público examen de conciencia de la nación entera: aplazamiento sensible, porque, hágase lo que se haga, mientras no se purifique la brumosa atmósfera que se cierne sobre las pasadas guerras, no tendremos el ejército por el cual todos suspiramos; un ejército que sea la encarnación del pueblo en armas, movido por el espíritu y los ideales de toda la nación, y el sostén de la bandera de la patria.

El silencio que unos por patriotismo, otros por móviles diversos y todos por acuerdo tácito, guardamos sobre las ultimas guerras, es roto de vez en cuando por algún animoso espíritu que ansía la regeneración verdad, no faltando quien con intemperancia se ocupe de lo pasado ganoso sólo de producir escándalo.

Recientemente, el Sr. General de División D. Arturo Alsina y Netto, en un folleto notabilísimo (1), en cuyas líneas palpitan las amarguras de las tristes lecciones recibidas, los puros anhelos de la verdad, los sentimientos del patriota, y el profundo conocimiento de los hombres y de las cosas, ha levantado una punta del velo que encubre el misterio, permitiendo que los primeros términos del cuadro queden en la penumbra. Más no podía ni debía hacer, por lo menos en la hora actual; pero, aún así, la *Última bandera* es un trabajo muy interesante por el que deben agradecerimiento al autor todos los militares y los buenos españoles. Leyéndolo, nos parece que es nuestro mismo corazón quien habla por boca del autor; y es que éste, que siente hondo y reflexiona serenamente, ha tenido el grande acierto de reflejar en su aspecto más sano el alma nacional.

Un mundo de pensamientos se agolpa á la imaginación al recorrer las páginas de este folleto, escrito en un estilo literariamente irreprochable y en perfecta armonía con las situaciones que describe. Quisiéramos copiar aquí algunos párrafos, pero es difícil escoger; tan substanciosos son todos ellos.

Seguros estamos de que el folleto del Sr. General Alsina, más que leído, será vivido por cuantos tengan la fortuna de procurárselo. Y hay que desear que las profundas lecciones que encierra y que tocan á propios y extraños, á próceres y humildes, á los directores y al pueblo, á todos, en una palabra, sean aprovechadas; el camino está trazado: ¿tendremos el suficiente valor cívico para recorrerlo?

(1) *Última bandera que cobijó al soldado español en América*, por el General de División D. Arturo Alsina Netto.—Madrid, 1908.—60 páginas (22 por 16), con tres grabados en el texto.

El Sr. General Alsina declara que tiene escrito otro libro de más empeño y, aunque no lo dice, de trascendental alcance; pero, por razones que expone y que hay que respetar, *no lo publica*. Mas el no publicarlo no queremos creer que signifique el condenarlo á la destrucción ó á la perpetua esfera de lo privado: los que en lo porvenir escriban la historia de nuestras últimas desdichas tienen derecho á poseer cuantos documentos contribuyan á explicarlas, y nosotros el deber de legárselos, pues por lo mismo que nuestra vida es corta hemos de procurar que la de la Patria vuelva á alcanzar en sucesivos tiempos aquella plenitud de que gozó en pasados siglos.



RECUERDOS DE ALEMANIA

Tiendas de campaña

El ejército alemán lleva consigo las tiendas de campaña. Cada soldado transporta un trozo de tela impermeable y un juego de soportes y es-



Comida en el vivaque

tacas. He visto instalar estos campamentos en menos de veinte minutos. Las tiendas son de color de tierra y de tan poca altura que basta una

lijera hondonada ú ondulación del terreno para que se oculte y vivaquee toda una división. ¡¡¡Compárese este modelo con nuestras



Tienda de oficial



Vivaque alemán con la tienda abrigo

tiendas blancas, cónicas, de enorme elevación y difficilísimo transporte!!!

CARLOS REQUENA
Capitán de Ingenieros

—><—>—

UNAS CUANTAS HEREJIAS

II

LA TÁCTICA Y LOS REGLAMENTOS TÁCTICOS

El reglamento táctico debe ser—ó yo no entiendo una palabra de estas cosas—el que prepare á la tropa para la táctica: mejor dicho, el que prepare á las unidades armadas, para su empleo en el campo de batalla. ¿No es eso?

Bueno, pues no hay tal cosa, y lo que en general ocurre es todo lo contrario; es decir, que los reglamentos tácticos son casi siempre la causa de los desastres en el campo de batalla, si se cumplen como están escritos, ó decididamente no se cumplen y entonces son fuente de indisciplina.

El reglamento táctico es verdad que enseña á mover las unidades, que es necesario para la disciplina de la tropa, que sirve para unificar la acción de todos, pero.... todo esto se desvanece, cuando se llega á la práctica de él.

En primer lugar, todos los reglamentos tácticos adolecen del defecto de ser más teatrales que prácticos: son buenos para lucir á un jefe ó un oficial, que sabe dar voces y mandar maniquies, para deslumbrar á los ignorantes, encantar á las masas... Pero se da un paso más y en vez de un desfile, se va con la misma unidad al campo y ya no resulta la cosa tan práctica y bonita: las voces son imposibles, la disgregación es mayor, las dificultades crecen, ya no es el piso de la calle, de la plaza ó de la dehesa, ya hay peñas, matorrales, hoyos, árboles... no ya un jefe, ni un capitán puede abarcar bien la extensión de su fuerza en el campo, y tiene cada teniente y cada sargento y cada cabo que ocuparse de la tropa á sus órdenes, y el jefe y el capitán, tienen que confiar en esa distribución del mando, que es necesaria, que es precisa, que es elemento integrante del funcionamiento de la unidad.

Avancemos aún y en vez de un campo de instrucción, consideremos uno de batalla. A los inconvenientes dichos hay que agregar otros más graves: cruces y entrechoques con fuerzas propias, efecto moral del fuego, mayor aún el de las bajas, dificultad de municionarse, órdenes y contra-órdenes del alto mando, encuentro con el enemigo ¡tanto y tanto! ¿Es ó no verdad esto?

Y si lo es ¿es verdad también que no están los reglamentos tácticos, preparados para hacer esta transformación que es irremediable?

No ya en campaña, en plena paz, sin mas que hacer una sencilla marcha, sin mas que salir á la corriente instrucción diaria, todos hemos dicho, ¡hala! ¡arriba muchachos! ¡por aquí! ¡un empujón más! ¡quietos! y aun otras exclamaciones menos cultas, pero sin duda convincentes, pues son atendidas, en vez de ¡marchen! ¡derecha! ¡alto! otras voces tácticas.

Es cierto que poco á poco se va ganando en estos reglamentos, se van simplificando, descargando de cosas inútiles y complicadas, pero ¡queda aún tanto por hacer! Y parece que el camino nuevamente emprendido no es el mejor para hacerlo.

Yo comprendo lo muy difícil del caso: eso de mandar sin voces, esa inteligencia precisa y *encadenada* entre el que manda, los que con él mandan y los que obedecen, es problema árduo, pero hay que resolverle y cada uno debe aprontar sus ideas para el caso.

Por de pronto, todo reglamento táctico que se refiera á unidades superiores á compañía, escuadrón ó batería, debe desaparecer, porque á nada conducen (como no sea á paradas y revistas, que no deben existir, las primeras, ni realizarse en la forma actual las segundas) y son origen

de errores de criterio en el mando, que se pagan muy caros en una guerra. El jefe nunca debe mandar á la voz, sino por órdenes á los que mandan las unidades inferiores.

En estas unidades inferiores (compañía, escuadrón, batería) no debe quedar más que la formación en líneas (paralelas al frente) y filas (perpendiculares al frente), líneas y filas de hombres, de caballos y de carruajes, según las armas. Con esto basta para llevar las tropas de un sitio á otro.

Lo mismo debe quedar para secciones y pelotones, y así es uniforme el reglamento táctico para todas las unidades—para las que deben tenerle—y para todas las armas de combate.

Unasé á esto, ó mejor dicho, empiécese por una instrucción gimnástica, detallada y práctica, y se tendrá la parte mecánica—digámoslo así—de estos reglamentos.

Pero será preciso que esta falta material, que esto que se resta de la parte externa, se aumente en la parte interna; que se complete con el efecto moral del mando, con una instrucción social, moral, patriótica, de respeto y cariño, entre el que manda y el que obedece, que produzca una compenetración entre uno y otro, que haga que en el campo una unidad llevada allí, por ese simplificado reglamento táctico, empiece á ser táctica y desarrollada su táctica, que ha de ser un elemento de la total del ejército, de un modo bien diferente del actual.

Recibida la orden del general por el jefe y transmitida de éste á los capitanes, reunirán éstos á sus subalternos, les explicarán la misión concreta de la unidad, y estos últimos se harán cargo de la de su fracción y harán con sus clases lo que con ellos hizo el capitán: las clases, á su vez, harán entender á la tropa lo que ha de hacerse y ¡á hacerlo sin remedio! sin más voces, ni toques, ni nada que confunda y fatigue. Hay que avanzar y porque hay que avanzar, se avanza: hay que retroceder, correrse á un lado ú otro... y porque hay que hacerlo, porque así lo desean el sargento, el teniente, el capitán, el jefe, el general y con ellos el honor y la patria, se hace así. Este es el esbozo de un reglamento táctico, que no pugne con la misión táctica del Ejército.

¿No es verdad que, aunque parezca todo muy disparatado, merece pensarse?

FERNANDO RUIZ Y FEDUCHY
Capitán de Artillería



EL ARTE DE APRETAR EL GATILLO

¿Quién de nosotros no ha cogido un fusil y no ha tratado de sobresalir en el tiro al blanco, persuadido de que el conocimiento profundo del arma, el hábito de la reflexión y el acicate de dar ejemplo á su tropa, da-

rían por resultado el obtener un crecido número de impactos? ¿Quién no ha quedado profundamente sorprendido cuando, después de llevar al último límite las precauciones para hacer blanco, advierte que el marcador no hace la señal de impacto? ¿Cuántas veces, al contrario, no ha sido grande nuestra sorpresa—aunque la hayamos disimulado—viendo que un tiro que creíamos incorrecto ha dado en el blanco? Y finalmente ¿no nos hemos quedado perplejos á menudo, después de una sesión de tiro, no sabiendo á qué atribuir unos blancos y á qué eran debidas otras faltas? Pues si esto nos acontece á los que profesamos la carrera de las armas ¡cálculése lo que sucederá á los soldados!

El motivo de las anomalías que se observan en el tiro ni es nuevo ni desconocido: figura en todos los reglamentos. Pero hay muy pocos que en la práctica le dediquen la atención debida. Lo general es que se recomienda á la tropa apuntar bien, como el primer y más importante factor para tirar bien; y así se ve hombres que se pasan muchos segundos cuando no minutos apuntando, y que yerran siempre el blanco, y yerran tanto más cuanto más se esmeran en la puntería. Cuando este caso se presenta, es inútil seguir la instrucción de tiro: el tirador, lejos de cobrar confianza en su arma, la mirará en el fondo con desprecio.

Entre el acto de apuntar y el momento de partir el tiro, no media más que un instante, pero este instante equivale á un abismo. Al efectuar la presión sobre el gatillo, es difícilísimo conservar la inmovilidad del arma, cuya más imperceptible desviación basta para errar el blanco. Y por eso muchos tiros cuya puntería es incorrecta dan en el blanco, y se pierden otros en que la puntería es impecable. Cuanto más tiempo emplee el tirador en apuntar, cuanto más haya puesto en tensión sus músculos para mantener fija el arma, peor; porque al apretar el gatillo se desequilibrará el sistema trabajosamente formado, y el tiro partirá en mala dirección.

El brevísimo instante que transcurre entre el momento en que el tirador juzga que es correcta la puntería y el de inflamación de la carga es de trascendencia capitalísima para el resultado del tiro. De cada diez casos, en nueve el tirador anula la buena puntería, bien moviendo la cabeza, ya cerrando los ojos, ora estremeciendo los brazos, ó bajando la boca del fusil ó adelantando el hombro derecho, etc., etc. Con frecuencia, aprieta de una vez y fuertemente el gatillo, lo que conduce á desviar el arma; otras veces ejerce la presión tan suavemente que el tiro no parte, ha de repetirla una ó dos veces y entre tanto el arma se ha movido. En una palabra: si el tirador al apretar el gatillo *piensa* en lo que hace, *deja de pensar* necesariamente en la puntería, y si esta era correcta se torna mala.

A nada conduce el esmerarse, más allá de un límite prudente, al apuntar: cuanto más se fatiguen los músculos de los brazos, hombro, ojo, y en general de todo el cuerpo, tanto peor. Y por esto se observa á

veces que en el tiro rápido los medianos tiradores hacen más impactos que en el lento.

Ningún reglamento se ocupa con tanta prolijidad de detalles en las precauciones que han de observarse al disparar, como el alemán. En realidad, nada de lo que dice es nuevo para nadie. Una sola vez que se haya asistido al tiro al blanco de una tropa basta para dar á conocer el efecto que el acto del disparo produce en cada soldado, y los vicios en que incurren los más de los tiradores. El mérito no está en conocer los defectos, sino en aplicar los medios adecuados para remediarlos; y estos medios no se tienen en cuenta generalmente, sino que se reducen á meros consejos y advertencias: lo que ha de practicarse no se aprende oralmente, sino haciéndolo una, diez y cien veces.

En el tiro influyen dos factores principales, aparte de otros secundarios: el arma y el hombre; de donde se infiere que en la instrucción de tiro pueden seguirse dos caminos: tomar como base el arma, y adaptar, por decirlo así, el hombre al arma; ó partir del hombre, y amoldarle el fusil. El espíritu de todos los reglamentos—aunque la letra diga á menudo otra cosa—asigna la preferencia al arma. Aceptado este principio, y dadas las cualidades balísticas del fusil moderno, no hay duda que si el arma está bien dirigida el proyectil hará blanco, por lo menos á distancias medias y cortas, y por consiguiente el antecedente natural y fundamental del tiro debe ser la puntería: á ella y á todas sus hijuelas debe amoldarse el hombre.

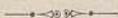
Si admitimos como punto de partida el hombre, el problema varia. El acto de apuntar no envuelve riesgo personal, no ejerce sacudida física, es puramente cuestión de saber mirar, y al que no sabe se le enseña; mientras que en el acto de disparar puede haber peligro—siquiera sea remoto,—se produce una fuerte conmoción sobre el hombre, se piensa en la bala y en la muerte que tal vez la acompaña, es decir, que las facultades psíquicas y físicas del tirador quedan sometidas á una tensión, todo lo insignificante que se quiera, pero innegable. De aquí se deduce que para el factor hombre lo esencial es el acto de disparar, viniendo en segundo término el de apuntar.

Por eso el conocido axioma—fundamento de los métodos actuales—que se enuncia diciendo «no tirar sin saber apuntar,» debería substituirse por este otro: «no apuntar sin saber antes disparar.»

Si hay alguien que dude—lo que no creemos—de cuanto decimos, que pregunte á los más hábiles tiradores: su habilidad no reside tanto en tomar la puntería, como en la oportunidad y destreza en soltar el gatillo; además, aquel que sabe transmitir instantáneamente esa voluntad al dedo—lo que no es tan fácil como parece—aprende pronto á apuntar, mientras que á veces no aprende nunca á disparar bien y oportunamente el que sabe apuntar de un modo admirable.

Antes que los órganos físicos hay que educar la voluntad. Comencemos por conseguir que nuestros soldados disparen de un modo mecánico, casi sin darse cuenta, y cuando hayan adquirido este hábito habrá llegado la ocasión de enseñarles á apuntar. Para aprender á disparar ha de emplearse munición de guerra: nada importa que se malgasten muchos proyectiles; ¿no es peor que se pierdan luego casi todos en la guerra, y, lo que es mucho más grave, que se destruya la confianza del tirador en su fusil?

EL CAPITÁN SUBRIO ESCÁPULA



LA ARTILLERIA DE CAMPAÑA EN LA MANCHURIA

En una de las últimas reuniones de la *Royal United Service Institution*, el capitán de la artillería de campaña B. Vincent dió una conferencia sobre el tema cuyo título figura en cabeza de estas líneas. El capitán Vincent sirvió como agregado en el primer ejército japonés durante la última guerra, y su conferencia resulta interesante por más de un concepto, lo que nos mueve á traducir los principales párrafos de la misma, que se ha publicado íntegramente en el *Journal* de aquella sociedad.

*
**

—En tiempo de paz hay una tendencia muy natural á teorizar y sentar preceptos; no podemos tener siempre ante nosotros las realidades de la guerra. Acostumbramos á valernos de nuestras imaginaciones, y obrando así nos sentimos inclinados á concebir ciertas condiciones para las cuales nos esforzamos en vano á formular reglas.

Las cuestiones de «posiciones cubiertas» ó «descubiertas», « tiro directo » ó « indirecto », « distancia eficaz del shrapnel » ó del « proyectil de percusión », se tratan á menudo como si fuera posible estatuir principios para todos los casos.

—Es muy fácil echárselas de docto siendo espectador, pero la opinión que yo he formado en Manchuria es que la artillería de campaña de los dos ejércitos fué demasiado circunspecta en su táctica, y excesivamente lenta en sus métodos.

Notóse una gran tendencia á entablar el combate á grandes distancias—4.000 á 6.000 metros,—lo que condujo á un gran derroche de municiones sin resultados decisivos. A esas distancias, es muy escasa la posibilidad de utilizar el fuego oblicuo.

Rara vez ví baterías de campaña que avanzaran en pleno día, á menos de que la artillería adversaria se hubiere retirado.

El terreno era estudiado y las posiciones iniciales para la artillería cuidadosamente elegidas de antemano; de ellas dependía en gran parte

todo el cuadro de la batalla. Los cañones entraban en acción ó cambiaban de posiciones poco antes de obscurecer ó durante la noche, y abrian el fuego al amanecer. Entre las causas que justifican este hecho, deben citarse el grande alcance y la potencia de las modernas armas de fuego, que obligan á extremar las precauciones tácticas y á buscar una protección artificial; los rusos poseían un cañón que disparaba shrapnels á mucha mayor distancia que el cañón japonés, y, como es natural, deseaban aprovechar esta ventaja; mientras que los japoneses poseían una granada, cargada con una fuerte carga explosiva—proyectil del que carecían los rusos—y la empleaban en el fuego á distancias considerables.

—La acción de infantería y artillería comenzaban simultáneamente, y el fuego continuaba durante toda la batalla, sin más pausas que las impuestas por el municionamiento.

—El coronel de uno de los regimientos de infantería de la segunda división me dijo cierto día: «Los cañones deben apoyar á la infantería y continuar disparando hasta el último momento del asalto. No es conveniente el fuego á grandes distancias, porque los oficiales de artillería no pueden seguir bien los movimientos de la infantería, y ni el efecto moral ni el de destrucción del shrapnel son notables. Los artilleros deben avanzar con la infantería y tomar posiciones á distancias decisivas, aunque para ello hayan de sacrificar hombres y ganado. ¿Qué motivo hay para que los artilleros dejen de sufrir bajas? Nosotros, la infantería, hemos quedado reducidos á la mitad desde el principio de la guerra, mientras que los oficiales y hombres de la artillería son casi los mismos.»

En otra ocasión, uno de los más bravos comandantes de batallón de la segunda división, me dijo que temía el rearmamento de la artillería de campaña con un cañón mejor, porque entonces aun se quedaría más atrás.

—Pero en el nuevo reglamento de la artillería de campaña, 1907, se lee: «Con objeto de apoyar el ataque de la infantería, algunas baterías deben seguir á la infantería dentro de la zona de fuego eficaz, y formar un punto de sostén para la columna de ataque y vigorizar su moral.» «Cuando se trate de mover ametralladoras ó cañones desde posiciones cubiertas, puede ser necesario avanzar cierto número de cañones hasta la proximidad de las líneas de tiradores.»

—La artillería de montaña ganó más reputación que la de campaña. Como dije en mis informes, la cooperación de la artillería de montaña y la de campaña, es decir, á lomo y montada, fué digna de elogio. Esto pudo apreciarse especialmente en el cuarto ejército, donde toda la artillería de las divisiones 5.^a y 10.^a era de montaña.

En el primer ejército, la artillería de montaña de la 12.^a división se

condujo muy bien. Durante la batalla de Liao-Yang fué agregada una batería de montaña á cada una de las otras divisiones, y esas baterías obraron siempre en primera línea y tuvieron á su cargo la tarea más penosa. Desde el principio de la batalla de Mukden la 2.^a división cambió su artillería de campaña por la mitad de la de montaña (tres baterías) de la 12.^a división, y la combinación dió excelentes resultados.

El jefe de Estado Mayor del primer ejército me dijo que le gustaría disponer de dos baterías de montaña por división en tiempo de guerra, recibiendo alguna instrucción los oficiales y tropa en tiempo de paz y guardándose el material en el parque.

Creo que una combinación de esta clase ha sido adoptada ahora, porque la artillería divisionaria de las 17 divisiones japonesas es ahora de campaña, mientras que antes de la guerra era de montaña la de 5 divisiones y media de las 13 que había.

Abrigo la persuasión de que en nuestra artillería, como en la japonesa, oficiales y tropa de las baterías montadas y de montaña deberían pertenecer al mismo regimiento, y ser intercambiables en caso de necesidad. El trabajo de ambas es prácticamente el mismo.

—Los japoneses reconocieron plenamente la necesidad de que la artillería tuviera siempre conocimiento de la situación de la infantería avanzada; en sus últimos reglamentos se consigna que á la línea de infantería se agregarán patrullas de artillería con este objeto.

Durante toda la guerra, los pequeños banderines (que llevaban consigo casi todos los soldados con la esperanza de arbolarlos en la bayoneta en testimonio de haber sido los primeros en pisar las trincheras enemigas), así como las banderas de los batallones y regimientos, fueron muy útiles á la artillería.

En el tercer ejército japonés, hacia el fin de la guerra algunos oficiales de artillería fueron á veces enviados á vanguardia con pequeños escudos y teléfonos, para seguir el avance de la infantería y transmitir sus observaciones á las baterías.

No obstante el número escaso de oficiales de artillería japoneses, ví á menudo que se enviaba uno de aquellos á un flanco para observar el fuego, con orden de transmitir noticias por medio de señales previamente estudiadas, ó regresando en todo caso al galope.

—La cuestión de las estaciones avanzadas de observación es una de las más importantes, y no tengo noticia que se hayan formulado ideas claras y concisas sobre este particular.

Si una batería está sola, es posible en general efectuar la observación, enviando un oficial al frente ó á un flanco; pero cuando están en acción grandes fuerzas, creo que es uno de los deberes de los jefes principales de la artillería el suplir la observación de los oficiales de las baterías.

Con el primer ejército, que operó en las montañas, no fué difícil hallar buenos puntos de observación; pero en los llanos esta dificultad se observó siempre. Perchas de bambú, árboles, tejados de las casas, se utilizaban con ese objeto, pero tan expuestos puntos de observación apenas daban resultados.

—Hasta después de la batalla del Sha la artillería japonesa se valió de ordenanzas montados ó de cadenas de hombres para transmitir órdenes. Tales medios eran muy lentos, y yo mismo advertí cómo se desaprovecharon varias ocasiones. Posteriormente, la artillería, y en general todo el ejército, adoptó el teléfono. Las señales ópticas fueron desechadas por poco prácticas, antes de la guerra. Absorben un gran número de señaladores y conducen á confusiones y errores. Personalmente, opino que la artillería debe recurrir á ambos medios de comunicación. En la guerra es imposible confiar únicamente en el teléfono.

—La cuestión de dispersar ó concentrar los cañones depende en gran parte de los medios de enlace. Siempre que pueda conservarse la unidad de dirección de las baterías dispersas, su fuego es más efectivo y más difícil de ser reducido al silencio por el enemigo; la dispersión perjudica además la disciplina del fuego de la artillería adversaria, y las brigadas ó baterías pueden observar mejor los efectos del tiro de las demás. No obstante, oí á un distinguido general de artillería japonés sostener que es más difícil reducir al silencio una línea de piezas que baterías dispersas, cada una de las cuales podía ser batida aisladamente.

—Es necesario que haya un jefe superior de la artillería, obrando como tal jefe en todos los sentidos del vocablo, y no meramente como un oficial del cuartel general del jefe de la división.

Un punto que llamó vivamente mi atención en Manchuria fué la importancia de tener un jefe superior de artillería que siguiera con atención el desarrollo táctico, y formara un juicio exacto por gozar de la plena confianza de su general. Toda la atención de los oficiales de batería se consagra al fuego de sus cañones y al mecanismo interior de sus baterías.

El jefe superior de la artillería mantiene la dirección sobre el conjunto, aunque puede enviar algunos cañones con cuerpos de tropas destacadas. En el primer ejército japonés, los generales que mandaban las divisiones y los coroneles jefes de la artillería divisionaria, tenían verdadera personalidad y estaban siempre en posiciones desde las cuales podían ver lo que ocurría, y que hacían sentir su presencia en el campo de batalla. Durante el combate, el comandante superior de la artillería ó su ayudante permanecía siempre en el cuartel general de la división.

—Durante la guerra, los japoneses, hablando en general, usaban el tiro indirecto al principio del combate, cuando aun no conocían bien la

posición enemiga. A causa de la inferioridad de su cañón con respecto al ruso, los japoneses se esforzaban en ponerse á la distancia de tiro eficaz antes de ser descubiertos por el fuego más rápido, de la artillería enemiga. Pero como sus cañones eran más ligeros, cambiaban alternativamente de posición, y se detenían, si era menester, para hacer fuego directo: maniobra que los rusos no podían imitar por ser más pesado su material. En la primera parte de la guerra, los rusos ponían siempre en acción sus cañones algunos metros detrás de la cresta, desde donde gozaban de un campo visual muy extenso.

En los recientes reglamentos japoneses se establece que el tiro directo será lo usual y el indirecto la excepción.

Las posiciones ocultas y la «situación indirecta» son muy útiles en ciertas circunstancias, como, por ejemplo, cuando se lucha con una artillería muy distante ó se han de batir reductos de infantería. Una batería bien colocada en una posición oculta puede afrontar el tiro de varias baterías enemigas, permitiendo así que otras baterías disparen contra la infantería adversaria. Una desventaja es que el fuego de conjunto no puede ser bien utilizado, y tal fuego es á veces necesario contra contraataques locales. Los blancos animados expuestos accidentalmente al descubierto, deben ser batidos sin pérdida de tiempo.

La cuestión de situar oculta ó al descubierto la artillería, y el método de tiro usado, son cuestiones que han de resolverse por el buen juicio del jefe, de conformidad con la configuración del terreno y el desarrollo de las operaciones. Lo principal es alcanzar en tiempos de paz una completa instrucción técnica.

—Antes de la guerra, la opinión en el ejército japonés era contraria al tiro de shrapnels con espoletas de tiempos. Su último reglamento dice: «El tiro de shrapnels con espoletas de tiempos requiere nuevos ensayos antes de ser adoptado definitivamente.»

Los rusos se valieron de este tiro con excelentes resultados, en general. Sin embargo, en algunas ocasiones observé que gastaron toneladas de proyectiles sin conseguir rectificar el tiro, para lo que les hubieran bastado unos cuantos proyectiles de percusión.

La experiencia de la guerra es que los shrapnels de tiempos, haciendo explosión en el aire sobre cualquier punto del campo de batalla, pueden ser más útiles que los shrapnels de percusión, los cuales hacen poco efecto.

Mi opinión es que se imponen los shrapnels de tiempos cuando es difícil corregir el tiro con los de percusión, ó cuando la rapidez es lo esencial. Y si para la corrección del tiro se emplean los proyectiles de percusión, es menester que produzcan una densa columna de humo.

—Contra tropas atrincheradas, como acostumbraban á encontrarse las rusas y las japonesas, el fuego de artillería causaba poco efecto.

El shrapnel de tiempos era muy útil para conseguir que la infantería enemiga ocultara sus cabezas detrás del parapeto, así como para impedirle que apuntara bien á distancias eficaces; pero tanto este proyectil, como el shrapnel de percusión resultaban ineficaces contra tropas resguardadas por muros ó edificios.

La granada con fuerte explosivo fué de poco uso contra atrincheramientos. El ruido de la explosión y la columna de humo y polvo se dice que impresionaba á los soldados rusos recientemente llegados al teatro de la guerra. Los embudos que producía en los parapetos se reparaban con facilidad. Contra localidades habitadas su efecto era grande.

Al principio de la guerra estos proyectiles gozaron de mucho favor, porque eran los únicos que podían disparar los japoneses contra la artillería rusa á las grandes distancias. En el último periodo desapareció su popularidad, y su consumo decreció desde el 30 por 100 al 8 por 100.

En la batalla de Mukden, la granada ordinaria que se divide en pocos fragmentos pero de gran tamaño, resultó poco eficaz contra infantería atrincherada.

—La opinión general se pronunció unánime en favor de los obuses de campaña. Oficiales japoneses que presenciaron los efectos de los obuses rusos, me dijeron que el fuego de sumersión de esas piezas era mucho más peligroso, en ciertas circunstancias, que el de la artillería de campaña.

Ahora que en todos los ejércitos se ha concedido grande importancia á la fortificación de campaña, resulta también más importante la cuestión de los obuses de campaña. Los pueblos, en casi todos los teatros de la guerra, serán de grande interés táctico, por lo cual conviene disponer de piezas que batan con eficacia las tropas apostadas en aquellas localidades. Para este objeto los shrapnels resultan ineficaces; y las granadas que disparan los cañones ejercen poco efecto, por lo cual se imponen los obuses, disparando éstos y los cañones los proyectiles para los que están especialmente contruídos.

—Las experiencias de la guerra demostraron, según se dice, que la artillería puede resultar muy útil en las operaciones de noche.

En todo el transcurso del invierno, en el Sha, oí el fuego de cañón todas las noches, pero no supe exactamente lo que acontecía, salvo que los japoneses de vez en cuando encendían fogatas para provocar el fuego de los rusos. Los japoneses han agregado los siguientes párrafos á su manual de la artillería de campaña: «El tiro de noche es necesario para repeler el ataque del enemigo, amenazarle, perturbar su campamento, ó para levantar el espíritu de nuestras propias tropas.» «Como la ocupación de una posición durante la noche conduce fácilmente á confusión y error, conviene que los reconocimientos y todas las medidas preliminares, aun las más minuciosas, se efectuen de día.»

Los autores rusos han citado algunos ejemplos de tiro nocturno de la artillería, con buen resultado, por medio de linternas como referencias auxiliares.

—Si, considerado de un modo general, el efecto del fuego de la artillería no fué lo que se esperaba, conviene añadir que lo mismo aconteció con el tiro de la infantería. Esta guerra me ha enseñado que una infantería resuelta puede avanzar al descubierto bajo un vivo fuego de fusil, con solo que los intervalos entre los hombres sean de dos ó tres pasos.

En conclusión, he de insistir sobre la necesidad, puesta una vez más de manifiesto por esta guerra, del buen juicio combinado con la disciplina, organización é instrucción. Quisiera también persuadir á todos que el empleo táctico y el fuego de la artillería tienen tal influencia sobre las operaciones de una división, de un ejército, y aun sobre la suerte de una nación, que solamente oficiales perfectamente instruidos deben ser puestos al frente de aquel complicado y costoso armamento. Baterías imperfectamente instruidas, como acorazados deficientemente servidos, son únicamente un peligro para su propio país.

BIBLIOGRAFÍA

Letteratura militare (leggendo ed annotando), di tenente Emilio Salaris. Roma, 1907; 213 páginas (25 × 14), 2 liras.

El teniente Salaris, con esta nueva producción de su bien cortada pluma, demuestra gallardamente cuánto partido puede obtenerse de la aplicación de la conocida máxima, según la cual para que la lectura de los buenos libros sea provechosa hay que tener el lapiz en la mano: leyendo y anotando, como dice el autor.

Su última producción es una recopilación de juicios bibliográficos sobre obras italianas, francesas y portuguesas, en los que se expone la doctrina más importante en ellas encerrada y las reflexiones, siempre atinadas y oportunas, que la lectura de las mismas ha sugerido al señor Salaris. Con ella se facilita el conocimiento general de los libros, y se acostumbra el lector á desarrollar su juicio y espíritu crítico, á *aprender á leer*, labor doblemente meritoria, tanto más teniendo en cuenta que las dotes literarias que adornan al Sr. Salaris dan grande atractivo y amenidad á cuanto escribe.

Con gusto recomendamos á nuestros lectores el último de los libros del infatigable escritor italiano, á quien saludamos una vez más desde estas columnas.